

¡El amor! ¡La familia! ¡Ah! Padre mio, perdonad que os lo diga: no hay, no puede haber un goce mayor en el mundo.

Yo trabajaba dia y noche trazando mapas y fabricando globos y esferas, muy buscados entonces por los navegantes.

Los míos adquirieron alguna fama; eran, segun decian los inteligentes, los más perfectos, y me los pagaban bien.

¿Qué más necesitábamos?

En nuestra casa reinaba la paz, nuestras necesidades estaban satisfechas, nuestro amor iba á ofrecernos el más preciado fruto.

Mi hijo Diego nació, y con él se aumentó nuestra ventura.

El niño, que oía con religiosa atencion el relato de su padre, no pudo ménos de besar su mano.

—Sí, hijo mio,—añadió Colon,—tú viniste al mundo para colmar la felicidad de tus padres; aquella familia, estrechamente unida por el más acendrado cariño, te saludó con júbilo. De aquellos séres, solo quedamos tú y yo... y mi pobre hermano, que nos espera.

—Segun eso,—le interrumpió el prior,—perdisteis á vuestra esposa.

—Sí, la perdí, y con ella se alejó la esperanza de mi corazon. Pero oid, que me quedan aún muchas desdichas que contaros.

Capituo VI.

El presentimiento del Nuevo Mundo.

—La primera expedición que habia llevado á cabo el padre de Felipa,—prosiguió el viajero,—fué muy fructuosa para la ciencia.

—Yo, sin saber por qué, abrigaba la esperanza de hallar tierras desconocidas, y leía con avidez todas las descripciones de los viajeros.

Al mismo tiempo, no perdonaba una sola ocasion de hablar con los marinos, y hasta con los marineros que habian cruzado el mar en busca de aventuras.

Por la madre de Felipa supe que Guido habia tenido gran amistad con un célebre geógrafo florentino llamado Toscanelli.

Le habria escrito sus impresiones de viaje, y dirigiéndome á él, no solo logré que me trasmitiese las

cartas del padre de mi esposa, sino que al saber mi profundo amor á la ciencia, me envió escritos suyos, en los que hallé nociones preciosísimas sobre los lejanos mares de la India, y los medios de rectificar los elementos, entonces confusos y fabulosos, de la navegacion.

La sociedad que se formó en torno mio se componia de los navegantes que habian llevado á cabo expediciones lejanas, de los que, aficionados como yo á la navegacion, participaban de mis creencias y soñaban con tierras desconocidas en medio del Océano.

En mi modesta casa tenia yo una habitacion, cuyas paredes estaban cubiertas de mapas toscos: en una mesa habia esferas, manuscritos, relaciones de viajes; y en aquel santuario de la ciencia pasaba yo con mis amigos horas enteras, sacando deducciones de los hechos, formulando conjeturas, alimentando ilusiones, acariciando esperanzas.

Y no habia duda: despues de examinar atentamente los espacios de tierra marcados en el globo, despues de examinar la posicion y circunstancias especiales de las islas conocidas, comprendia yo que habia un vacío inmenso en medio del Océano Atlántico, un vacío en el globo y en los mapas, un mundo nuevo que prometia inmarcesible gloria al que le descubriese.

Esta creencia llegó á ser en mí una continua preocupacion, casi una manía.

Cuanto más estudiaba, cuanto más pensaba mayor era mi seguridad.

Por otra parte, los navegantes que habian llegado á las islas Azores referian ciertos rumores vagos, maravillosos, que habian llegado á sus oídos.

Decian, en efecto, que desde los puntos más elevados de las islas Azores se habian descubierto en los dias serenos, y en medio de la inmensidad del Océano, tierras inmóviles ó flotantes, que se mostraban y desaparecian, se acercaban ó se alejaban, cuando los más audaces pilotos, desafiando las iras de las olas, y sedientos de lo desconocido, aspiraban á acercarse á aquellas masas que les parecian costas.

¡Qué época aquella de entusiasmo marítimo! ¡Qué amor en todos los navegantes al proceloso elemento, que guardaba secretos inapreciables que querian arrancarle! ¡Qué fiebre por alcanzar con la ciencia, con el cálculo, conquistas que hasta entonces sólo habian hecho los hombres con el acero!

Yo participaba de aquel entusiasmo, de aquel amor, de aquella fiebre, y lo confieso, una ambicion de gloria desmesurada se apoderó de mi alma.

Felipa averiguó mi secreto.

Ella, que estaba acostumbrada á adivinar mis pensamientos, no tardó en comprender que uno muy grande, muy imperioso, muy trascendental, llenaba mi inteligencia.

Y fué tan generosa, que en vez de lamentarse de una preocupacion que le robaba, si no mi cariño, gran parte de mi atencion, me animó á continuar en mi empresa.

Por aquel tiempo se hablaba en todas par-

tes de un viajero veneciano llamado Marco Polo.

Unos le consideraban pura y simplemente como un embaucador, como un inventor de fábulas maravillosas.

Contaba, con asombro de cuantos le escuchaban ó tenían noticias de lo que habia dicho, cosas extraordinarias de los Estados y de las civilizaciones de la Tartaria, de la India y la China.

Yo, que tenia más motivos que el vulgo para dar crédito á lo que aquel calificaba de suposiciones y fábulas, comprendia hasta que punto podian ser verdícas sus narraciones, y lo mismo que ahora, estaba entonces seguro de hallar en la extremidad del Atlántico las célebres comarcas del oro, de las perlas y de la mirra de donde Salomon sacaba sus inmensas riquezas, el Ofir que menciona la Biblia, y que parece envuelto entre las nubes de lo lejano y lo maravilloso.

No era, pues, un continente nuevo lo que yo me proponia encontrar, sino un continente perdido y olvidado.

El prior no pudo ménos de reflexionar sobre aquella idea, que á pesar de su apariencia de paradoja, era por sí sola bastante para incitar á la meditacion.

—¿Y vos creéis,—preguntó á Colón,—que en el confin del Atlántico pueden hallarse esas comarcas que la Biblia señala, y de las que sólo el nombre conocemos?

—Me fundo para ello en poderosas razones: segun

la doctrina de Ptolomeo y de los sábios geógrafos orientales, la tierra es un globo cuya circunferencia se puede recorrer.

Si mi juicio respecto de la extension del globo es acertado, no debe ser tan grande, como suponen algunos, la extension que es preciso recorrer para llegar á las tierras desconocidas de la India.

Por otra parte, la existencia de estas tierras está probada y comprobada.

Cuantos pilotos han ido más allá de las Azores, están contestes en afirmarlo.

Unos han visto flotar sobre las aguas ramas de árboles desconocidos en el Occidente.

Otros han hallado en la superficie de las olas fragmentos de madera esculpida; pero no con el auxilio de instrumentos ó útiles de hierro.

Otros han descubierto pinos monstruosos, de los que un solo tronco parecia una canoa, en la que podian funcionar ochenta remeros.

Y estas canoas, á juzgar por las descripciones que de ellas he oido, habian sido fabricadas toscamente, pero con la intencion de que sirvieran para surcar las olas.

Algunos han contado que al alejarse mucho, mar adentro vieron, cubiertos de musgo y de plantas marinas, cadáveres de hombres blancos y cobrizos, cuyas facciones no se semejabán nada absolutamente á las de las razas occidentales, africanas ó asiáticas.

Todos estos vestigios que la agitacion de las olas

y las tempestades han ofrecido á los más atrevidos viajeros, y sobre todo ese vago instinto, ese presentimiento que precede á los hechos de la humanidad, como la sombra precede al cuerpo cuando está el sol detrás de uno, me han dado la profunda conviccion de que existen tierras más allá de las que los geógrafos han trazado en los *Mapa-Mundis*.

—Y esas tierras, que suponeis que existen, ¿á qué region creéis que pertenecen?

—En mi concepto, señor prior, —dijo Colon con el aplomo de la más profunda conviccion,—son una prologacion del Asia, y llenan por si solas más de una tercera parte del globo.

Esta opinion era en aquellos tiempos de oscurantismo, atrevida, fantástica para unos pocos; cuestion de brujería para la mayor parte.

Y no creais,—añadió Colon, sacando á los frailes de su estupor,—no creais que soy yo solo quien participa de este delirio: he conversado con pilotos muy viejos, con geógrafos consumados, y en su mayor parte todos convienen en que existen esos terrenos; en lo que varian es en la apreciacion de su extension y su figura.

Hay quien los cree inconmensurables.

Hay quien los considera como una especie de éter profundo y sin limites, en el que los navegantes se pierden.

La mayor parte, admitiendo la redondez del globo, temen, desconociendo las leyes supremas de la atraccion, que al traspasar el polo se desprenderán

de la superficie que los sostiene, para caer en los abismos del espacio.

¿Cómo destruir la opinion de los marinos más avezados, que consideran el mar más allá de las islas descubiertas como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se elevan formando montañas inaccesibles, ó abriendo precipicios sin fondo, dispuestas de cualquier modo á devorar las embarcaciones?

¡Ah! Todas estas suposiciones, todos estos temores que hacen al más audaz desmayar, son mi encanto, padre mio.

Yo veo, no sé por qué, en medio de ese caos, la luz consoladora; yo veo en mi imaginacion esas vírgenes tierras, y descubro los tesoros que encierran en sus entrañas.

No hay duda, no, creedme, tengo fe; me han calificado de loco, de visionario; pero no es cierto.

Desconfian de mí, porque no me comprenden; y perdonadme que os lo diga: yo mismo veo algo de sobrenatural en este deseo, que es el único de mi vida.

¡Cuánto he luchado!

Si lo supiérais, aun tendríais más compasion de mí, porque he sufrido mucho.

—Lisboa,—exclamó con lágrimas en los ojos aquel hombre inmortal, tú me recibiste en tu seno y me diste una patria.

En tí hallé la felicidad de mi alma, tú me otor-

gaste la inefable ventura de verme reproducido en un hijo adorado; bajo tu cielo concebí la primera idea de la empresa que es mi esperanza; ¡pero cuán caros me has hecho pagar estos favores!

Me has exigido la juventud, el amor, las ilusiones.

Afortunadamente, no has podido arrebatarme ni la esperanza, ni la fé.

Capítulo V.

Un rey y un loco.

Cuando más avanzaba Colon en su relato, mayor era la emoción que su alma revelaba en sus francas palabras.

El prior del convento y los demás frailes que oían aquella narración, participaban de un mismo sentimiento.

Este sentimiento era una profunda admiración hacia aquel hombre, en cuya espaciosa y serena frente, en cuyos negros y penetrantes ojos, en cuya actitud humilde y majestuosa á la vez, no podían menos de reconocer una naturaleza privilegiada, uno de esos seres destinados por la Providencia para dar en la tierra la más completa idea de la grandeza del Hacedor encarnada en sus criaturas.

El que se les había aparecido al principio como un mendigo, como un pordiosero, y sin recursos para alo-